

Trebolle, Julio, *Historia mínima de la Biblia*, Turner, Madrid, 2022.

En el ámbito de la narrativa creativa y la literatura el término microrrelato (en inglés *micro-story* o *microfiction*) se utiliza para referirse a una forma de narración breve que logra transmitir una idea o contar una historia de manera muy escueta. En esencia, es una historia que se caracteriza por la concisión y la capacidad de condensar una trama o mensaje en un espacio limitado de palabras o párrafos. Supone en este sentido un desafío literario interesante y se utiliza con frecuencia para explorar temas universales, dilemas éticos o situaciones emocionales. Autores consagrados, como la escritora y activista canadiense Margaret Atwood, son conocidos por sus microcuentos o fábulas muy cortas que ejemplifican este tipo de narración mínima (no confundir con minimalista). Uno de sus más aplaudidos es: “Longed for him. Got him. Shit”. A Ernest Hemingway se atribuye este otro: “For sale: baby shoes, never worn”.

Aplicado al ámbito académico, historia mínima (en inglés *brief history*) hace referencia a una aproximación a la enseñanza o estudio de la historia que busca sintetizar y destacar los aspectos esenciales de un tema, acontecimiento o proceso histórico con el fin de facilitar la comprensión y la comunicación eficaz de la información. Las historias mínimas suelen emplearse como introducciones a una materia o como herramientas pedagógicas para ayudar a los estudiantes a adquirir una visión panorámica de un tema antes de profundizar en detalles y análisis más específicos. Destacamos a modo de ejemplo la elogiada *Historia mínima de México*, de

Daniel Cosío Villegas, todo un clásico de El Colegio de México que sigue vigente a 50 años de su primera edición.

La obra que ahora reseñamos responde a este enfoque. Publicada por la editorial Turner, pertenece a una colección de libros que abordan en diferentes volúmenes temáticos realidades muy diversas: los árabes, el Reino Unido, la Guerra Civil española, el cosmos, la mitología, la música en Occidente, el siglo XX o la literatura española. *Historia mínima de la Biblia* es la penúltima entrega de esta apuesta editorial, ambiciosa, por otro lado, a tenor de la complejidad que el tema entraña, tanto por la fragmentación actual de los estudios bíblicos como por la diversidad de intereses y puntos de vista a los que se abre hoy la investigación y la lectura de la Biblia.

Firma la obra el hebraísta Julio Trebolle (Orense, 1943). Catedrático emérito del Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la Universidad Complutense de Madrid, donde también ha dirigido el Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones, Trebolle ha dedicado su vida al estudio de los libros sagrados y ha escrito docenas de publicaciones sobre la materia, la última de las cuales, bajo el título *La Biblia desde los márgenes: investigación y divulgación*, ha visto la luz este año 2023. También ha sido miembro del equipo internacional de edición de los Manuscritos del Mar Muerto y presidido la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones. Empero, son sus preocupaciones intelectuales y erudición las que le convierten en el candidato idóneo para encabezar un proyecto editorial de esta índole.

No se pierda de vista que una historia mínima de la Biblia sigue siendo, ante todo, una historia de la Biblia, con sus objetivos

y tópicos ineludibles, que van más allá de dar a conocer las claves de la historia de la escritura de sus libros, tamizadas lógicamente por nuestro modo de pensar moderno, alejado del de los tiempos bíblicos. Corresponde además al autor -expone Trebolle en la presentación (p. 11)- rastrear la trayectoria histórica de Israel y trazar el recorrido de su tradición religiosa hasta la consolidación del monoteísmo. Debe por otra parte examinar los escritos del Nuevo Testamento para esclarecer los orígenes y el desarrollo del cristianismo, así como detectar las tensiones reflejadas en la historia de la interpretación de las Escrituras en las llamadas tres religiones del Libro. Finalmente, ha de desentrañar con mano quirúrgica la relación de la Biblia con la cultura o las culturas que ella misma ayudó a fundar.

De todo ello da cuenta este libro, por medio de un lenguaje académico objetivo, aunque asequible y libre de cualquier jerga innecesaria. La estructura del texto, dividida en cuatro capítulos más una cronología, sigue el esquema aludido en el mismo orden, con escasas citas a fuentes secundarias y sin notas a pie de página, como corresponde a una obra de concisión, aunque se añade una bibliografía final. Atrapan al lector por su claridad expositiva las páginas que exploran los paralelismos entre el relato bíblico y los mitos mesopotámicos y egipcios (21 y ss.), así como las dedicadas a la formación del canon y la historia del texto de los libros bíblicos (67 y ss.), que se corresponde, como es bien sabido, con la de la progresiva estabilización del texto hebreo. Procesos ambos que, como Trebolle afirma, «discurrieron en paralelo a lo largo de los siglos que precedieron al definitivo cierre del canon y a la fijación del texto de cada libro a finales del siglo I d. C.» (p. 74).

Las bases del conocimiento de la condición histórica de la Biblia no se comprenden aisladas de una concepción bíblica de la historia o profética de la Biblia, según se mire, con su influjo en las filosofías de la historia, «desde Agustín de Hipona y Orosio, pasando por Joaquín de Fiore y Giambattista Vico, hasta Hegel y Marx». De cuanto se colige que «la idea moderna de progreso deriva de la secularización de la esperanza escatológica judía y cristiana» (p. 91). Esta visión profética entronca con el carácter ético del monoteísmo bíblico, consecuencia del principio hipostático que rige la relación de la humanidad con Dios. Quiere decirse que la verdadera contraposición entre religiones politeístas y monoteístas reside en que las primeras conciben a Dios de manera impersonal, en tanto que las religiones del Libro lo piensan como un ser eminentemente personal. Su ser posee el carácter de hipóstasis. Y siendo hipostático, es decir, personal, Dios no puede ser conocido en modo alguno por la razón, sino por la revelación. Por su alejamiento de un principio de necesidad natural, el monoteísmo tampoco deja lugar para la magia (p. 101).

Empero, dando por sentado que los monoteísmos comparten una perspectiva profética similar, sus concepciones de la historia son diferentes. El islam no reconoce una historia de la salvación. El Corán para un musulmán representa la forma definitiva de un mensaje ya concluido; cierra y clausura la profecía. De ahí que los polemistas islámicos imputen a judíos y cristianos haber falsificado o alterado sus Escrituras y que en consecuencia toda iniciativa de diálogo interreligioso parezca abocada al fracaso. «Prevalen (...) concepciones y prejuicios de la época medieval y otros del mundo actual, como una cierta islamofobia o cristianofo-

bia, por lo que se hace necesario un esfuerzo hermenéutico de reinterpretación de las Escrituras y de las tradiciones de cada religión en relación con las otras» (p. 156).

Llegados a este punto, coincidimos con el autor en la conveniencia de relegar una lectura exclusivamente religiosa de las Escrituras en favor de otra literaria e histórica, que atienda a métodos histórico-críticos modernos que exploren el sentido del alcance de sus textos para situarlo en el que pudieron tener en el momento en el que fueron redactados, con ayuda de disciplinas como la filología, por supuesto, pero también de la antropología, la sociología y la psicología. El pasado dicta las preguntas precisas que el presente es incapaz de formular y muestra la profunda relación de los creyentes con su historia, sin abandonar, desde luego, el tiempo que les toca vivir. La frase «somos hijos de nuestro tiempo» indica que todo obrar y pensar se hace dentro de una época cultural en una cultura particular; y el creyente no escapa a esta realidad.

En consecuencia, toda lectura actual de la Biblia ha de partir de esta premisa, asumirla como axioma, si pretende ser honesta consigo misma. Desde luego, son perfectamente legítimas las corrientes que ensayan diferentes posiciones desde las que interpretar la Biblia, como, por ejemplo, la hermenéutica bíblica feminista con sus muchos desarrollos: la recuperación de los silencios y las ausencias femeninas en la Biblia, la exégesis crítica de los textos sobre la mujer que han favorecido su subordinación, la búsqueda de una perspectiva teológica general desde la cual criticar al patriarcado, la reconstrucción de la historia de los personajes femeninos bíblicos y la recuperación de

textos olvidados que aportan otra visión sobre la mujer. Pero recuperar lo positivo que sobre el papel de la mujer cabe extraer de los textos bíblicos no parece el único camino ni está claro que sea el más “honesto” que quepa recorrer. Se entiende, en este orden de ideas, que buena parte de la crítica feminista en el seno de estas tradiciones haya «aparcado el estudio de la Biblia en favor de otros campos de la teología (...) o simplemente ha[ya] abandonado el estudio de los textos bíblicos, considerando un empeño desesperado fundar sobre ellos una teología feminista» (p. 164). Nos preguntamos al hilo de estas reflexiones si realmente no es más bien un ejercicio fútil.

Coronan el tomo catorce páginas que ahondan en el influjo de la Biblia en la vida pública, el pensamiento moderno y las artes en general, en contraste con el contencioso que desde la época moderna mantiene con la cultura (léase occidental) que ella misma ha contribuido a expandir. Saben a poco, por el fino regusto que dejan en el paladar literario, musical y cinéfilo, y porque aplican un trazo grueso al tratamiento de temas de amplio alcance y calado social y académico, como son el de las Escrituras como instrumento de colonización, la impronta que dejan en la formación de los nacionalismos, su peso en la obra literaria y filosófica, entre otros, de un Walter Benjamin, un Kafka o un Claude Lévi-Strauss, y el proceso de aculturación y de simbiosis con religiones y culturas milenarias en Asia y África en que hoy se encuentran.

En definitiva, con una prosa ágil y envolvente, Julio Trebolle compone con los encorsetados requisitos de una historia mínima una obra que ofrece mucho más de lo que sugiere su título. Un libro útil

y oportuno, habida cuenta la actualidad que vivimos, marcada por una pandemia no del todo resuelta y dos guerras, la de Ucrania que no parece tener fin, y la más reciente, que en Tierra Santa enfrenta a Israel y Hamás, auténticos *topoi* que obligan a releer las Escrituras y a encontrar

sentido tanto a los textos bíblicos como a nuestro tiempo.

José Cruz Díaz

Universidad de Sevilla, Sevilla, España
jcruz16@us.es